

Espacio y desaparición: los campos de concentración en Argentina

Space and Disappearance: the Concentration Camps in Argentina

PAMELA COLOMBO ¹

Instituto de Filosofía, CCHS-CSIC

RESUMEN. Partiendo de la hipótesis de que la técnica aniquilación por desaparición forzada de personas en Argentina (1974-1983) reconfiguró el espacio; el trabajo que desarrollo en el presente artículo consiste en indagar acerca de las particularidades de la dimensión espacial en los campos de concentración en Tucumán. El análisis gira en torno a tres ejes centrales: la negación de las referencias espacio-temporales a los detenidos-desaparecidos dentro del campo; el modo en que los desaparecidos «a pesar de todo» se representan un espacio y un tiempo concentracionario; y por último, el modo en que superponen e interpenetran los espacios del afuera con el adentro del campo. Este trabajo de análisis se sustenta en entrevistas en profundidad que he realizado a familiares de desaparecidos y sobrevivientes de campos de concentración en Tucumán.

Palabras clave: Dictadura argentina, desaparecidos, espacio, tiempo, campos de concentración, Tucumán, producción social del espacio, poder, aniquilación.

ABSTRACT. The main goal of this article is to investigate how the use of forced disappearances in Argentina (1974-1983) caused modifications to the unique spatial characteristics of their concentration camps. Specifically, I analyze three aspects: the removal within the camps of spatial-temporal references to the disappeared persons, the manner in which these victims remain present within the camps despite their disappearance, and the manner in which the outside space penetrates and superimposes itself upon the camp. This analysis is upheld by personal in depth interviews I had in Tucumán with relatives of the Disappeared and with survivors of the concentration camps.

Key words: Dictatorship in Argentina, Disappeared, Space, Time, Concentration Camps, Tucumán, Social production of space, Power, Annihilation.

En Argentina, durante el período 1974-1983, en los procesos de aniquilación por desaparición forzada de personas, se llevó a cabo el exterminio sistemático de las fracciones más combativas de la población ². La hipótesis que articula este trabajo se asienta en el presupuesto de que

el despliegue del poder concentracionario en la sociedad produce una reconfiguración del espacio social —simbólica y materialmente hablando—. Trabajaré sobre esta idea a partir del análisis de las especificidades del espacio del campo de concentración, dado que éste se erigió

como núcleo central de producción del exterminio.

Considero que es significativo trabajar sobre los mecanismos y tecnologías de la represión porque revelan, muestran, y dicen acerca del poder concentracionario³. Indagar acerca de cómo se construyó y se representa espacialmente el mundo concentracionario, nos ofrecerá una aproximación más detallada acerca de las particularidades de la técnica por desaparición forzada de personas.

El primer problema con el que nos enfrentamos al adentrarnos en esta problemática radica en que aun hoy hay muchas áreas del conocimiento social que continúan aproximándose al espacio de manera «aprobématica», como si éste fuera algo que nos es dado naturalmente y que permanece siempre igual a sí mismo⁴: «El poder del lugar proviene del hecho de que las relaciones sociales son directamente experimentadas como inevitables e inmutables, una extensión del mundo que habitamos. (...) Un error común reflejado tanto en la teoría como en la experiencia “naif” es confundir la aparente estabilidad del ambiente natural y construido por inmutabilidad. Aunque el lenguaje, la moral, el arte, el discurso y la literatura también generen campos de relaciones de poder, hay algo particularmente poderoso en relación al espacio precisamente por su irreductible componente físico» (Kohn, 2003, 18-19)⁵. Lo que aquí propongo es que para poder asir la complejidad de las particularidades de los espacios que producen las prácticas sociales genocidas debemos comenzar por entender el espacio como un construcción social, y como tal, abierto, complejo, dialéctico, móvil y cambiante⁶.

La producción de nuevos espacios para llevar a cabo el plan de aniquilación en Argentina, no refiere sólo a una mera modificación del paisaje urbano y rural en el que se introdujeron nuevos lugares

—tales como campos de concentración, lugares de inhumación o hasta inclusive nuevos pueblos—; sino que esos espacios producidos son a su vez productores y reproductores de un tipo específico de relación social —como indica Soja (1994) el espacio es productor y reproductor de relaciones sociales de dominación⁷—.

El objetivo central de este trabajo consiste en desentrañar qué tipo de relaciones de poder y disciplina están inscriptas en la producción de los espacios de desaparición y de qué modo esas inscripciones aún circulan. Este aspecto es central para llevar a cabo un estudio sobre las complejidades que nos presenta el campo de concentración como dispositivo central de la técnica por desaparición forzada de personas.

En este artículo trabajaré sobre la relación entre la dimensión espacial y la desaparición forzada de personas, a partir de las siguientes preguntas: ¿Qué espacios-tiempos produce la desaparición forzada de personas? ¿Qué técnicas nuevas y qué dispositivos conforman y hacen funcionar a estos espacios? ¿De qué manera un régimen genocida reconfigura y reorganiza el espacio? ¿Qué tiempos circulan en esos espacios? ¿Por qué el espacio es una dimensión relevante para analizar las políticas de aniquilación? ¿Qué es lo que nos dice el espacio acerca del poder desaparecedor? ¿De qué manera los detenidos-desaparecidos se representan el espacio y el tiempo dentro del campo?

Analizaré la especificidad de los *espacios de desaparición*⁸ a partir de las entrevistas en profundidad que he realizado (en sucesivos trabajos de campo en la provincia de Tucumán⁹) a familiares de desaparecidos, sobrevivientes de campos de concentración y ex-militantes de partidos y organizaciones armadas de izquierda en los años 70.

El artículo está estructurado en tres apartados donde analizo el trabajo etnográfico realizado en Tucumán. En el primer apartado indago acerca de la importancia que tiene dentro del mundo concentracionario la denegación intencional de las referencias espaciales y temporales a los detenidos-desaparecidos. En el segundo apartado me aproximo al modo en que los detenidos-desaparecidos se representan el tiempo y el espacio dentro del campo. En el tercer apartado analizo las particularidades de la espacialidad del campo, a partir de las categorías de superposición e interpenetración que propone Lefebvre.

I. *(Des)conocer el espacio y el tiempo dentro del campo de concentración*

Denegar el espacio

Dentro del campo de concentración se sucede un proceso de deshumanización de las víctimas que es llevado a cabo a partir de diferentes dispositivos: se les niega a los desaparecidos su nombre y se les asigna un número como parte de su nueva identidad, se los tiene constantemente «tabicados»¹⁰ para impedir cualquier tipo de visión, se les prohíbe hablar entre ellos y apenas pueden moverse de los lugares que les son asignados¹¹.

El propio Estado que había dado forma a un individuo-ciudadano, lo *chupa* primero y luego lo prohíbe, lo borra, rematando el proceso de (des)civilización que él mismo inició. Es ésa, concluye un antropólogo forense, «la perfección de la desaparición». Frío, horrible. Es, ciertamente, el tono justo (Gatti, 2008, 54).

El campo de concentración produce un sujeto des-sujetado de las estructuras que normalmente lo constituirían como ciudadano dentro de una sociedad occidental (Gatti, 2008). Pero ¿qué función cumple dentro este proceso de deshumanización el negar o desdibujar las refe-

rencias espacio-temporales a los detenidos-desaparecidos dentro del campo? Lo que trabajaré en este inciso y en el siguiente, consistirá en rastrear el cómo y el porqué de la denegación intencional de las referencias espacio-temporales a los detenidos-desaparecidos durante su permanencia dentro del campo de concentración.

Por comenzar, habría que señalar que para producir la desorientación espacio-temporal el dispositivo empleado más efectivo fue el de mantener a los detenidos-desaparecidos constantemente tabicados, para que así no pudieran (re)conocer el quién, el cuándo ni el dónde. También se aplican otras técnicas, como la que es relatada a continuación, y que consiste en hacer que el trayecto entre el lugar del secuestro y el campo de concentración dure más de lo «normal»; desdibujando así el vínculo lógico entre el tiempo y el lugar de detención.

... han ido y me han metido en un Falcón color chocolate era, eh café con leche era el Falcon. Me han metido ahí, me han tirado al piso, por supuesto, y me iban pisando, yo iba tirado entre medio de los asientos, y me han empezado a hacer andar, hacer andar y hacer andar. ¿Y sabés por qué yo me he dado cuenta que yo entraba a la Jefatura^{12?} Cuando vos entrás el arco de la jefatura ¡pum! Y pasa, es como pasar un puente, bajo un puente. Pero fue rápido. Pero ya me habían hecho dar varias vueltas, yo sentía eso. Si de aquí vos, de ahí de la plaza, cuánto tenés hasta la Jefatura, diez minutos, no tenés más. Y entonces me dice, me van allá y cuando, antes que me bajan me vendan, me vendan y, y me hacen subir dos escalinatas, dos escaloncitos, y me llevan. Y ahí he estado en la Jefatura (Martin¹³, 68 años. *Fue militante del PRT-ERP y líder sindical del movimiento azucarero en Tucumán. Estuvo detenido-desaparecido en Tucumán y fue preso político durante la última dictadura. Su papá y dos de sus hermanos continúan desaparecidos*).

Hasta inclusive, a veces, es tal la desorientación que producen en los deteni-

dos, que algunos sobrevivientes de campos de concentración nunca podrán dar cuenta en qué lugar estuvieron desaparecidos: «No no no, no conocíamos el lugar, aparte nos hicieron entrar a tantos lados entré en un bosque, a tantos lados, que después el propio tucumano que conocía Tucumán tampoco sabe, nunca, ahora falleció ese compañero, pero nunca pudimos saber a dónde era. Nosotros calculamos que era una fábrica abandonada. Sería un centro de detención o de tortura o algo por el estilo» (Cabrera, 2007).

No sólo el dispositivo concentracionario intenta aislar el campo de concentración del resto de los espacios¹⁴ —borrando todo tipo de indicios que pudiera permitirles a los desaparecidos reconocer el lugar de su detención—; sino que también procura aislar a los desaparecidos dentro del mismo campo. Con respecto a este último aspecto, si reparamos sobre la organización de los cuerpos dentro del espacio del campo vemos como se los mantiene siempre aislados, constantemente tabicados, y no se les permite ningún tipo de interacción con los otros detenidos. El cuerpo del detenido-desaparecido —no sólo luego de su muerte, sino desde que entra al mundo concentracionario— pareciera situarse en «ningún lugar». *El detenido-desaparecido habita en un espacio indeterminado y aparentemente desligado del espacio social.*

De esta manera, el poder concentracionario pretende anular la capacidad de los sujetos de interactuar con y en el espacio. Vuelve a los sujetos objetos en el espacio, sin capacidad de acción ni de reacción; negándoles la capacidad de situarse: «El poder absoluto destruye el espacio como ámbito para actuar y vivir. Pone a la gente junta, ordenándolos de un lado a otro, acosándolos una y otra vez. El individuo no es más el punto central de su propio mundo, sino sólo un objeto en el espacio» (Sofsky, 1997, 47).

Considero que esta negación de la referencia espacial tiene, al menos, dos niveles de análisis. El primero refiere a la deliberada búsqueda por parte de los perpetradores de borrar todo indicio espacial que pudiera permitirles a los detenidos-desaparecidos «reconocer» posteriormente el lugar de su detención. Pero además de este «objetivo práctico», se podría formular la hipótesis de que estos modos de llevar a cabo el secuestro, la reclusión, la tortura, la muerte y la desaparición de los cadáveres —desanclados del espacio de la vida cotidiana— tienden a producir una experiencia que se desarrolla en «ningún lugar».

Es por todo esto que propongo que la negación de la referencia espacial debería pensarse como un dispositivo más del proceso de deshumanización al cual son sometidos los sujetos dentro del campo de concentración; principalmente porque los sujetos al no poder situarse en el espacio quedan relegados a la inacción.

Denegar el tiempo

A su vez, dentro del campo, no sólo se pierde la referencia espacial, sino también la temporal. Tabicados y recibiendo comida de manera muy aleatoria no hay punto de referencia a partir del cual armar un relato con las referencias temporales que suelen organizar los haceres en la vida cotidiana.

Bue, me hacen bolsa¹⁵ esa noche, y estoy hasta el otro día, lo que no sé, lo que no sé es cuánto tiempo estoy ahí, porque a esta altura ya perdí la noción. Sí tengo —después salto me entendés con la memoria— al traslado (*María, 59 años. Fue militante de Montoneros. Estuvo detenida-desaparecida en diferentes campos de concentración en Tucumán y fue presa política durante la última dictadura. Su primer esposo esta desaparecido*).

P.C.- ... ¿sabés cuánto tiempo estuviste en la «Escuelita»^{16?}

— Días, debe haber sido... lo que no sé bien cuántos eran los días que yo ya llevaba contando hasta un momento, que ya no estaba bien aparentemente, este, llevaba siete días (*Claudia, 63 años. Estuvo detenida-desaparecida en diferentes campos de concentración en Tucumán y fue presa política durante la última dictadura. 19 miembros de su familia están desaparecidos*).

El poder disciplinario organiza los cuerpos en un espacio y tiempo ordenado, regular, medible y controlable. El tiempo ordenado hace manejable y predecible las acciones de los sujetos. Pero al igual que con el espacio, el poder concentracionario desquicia el tiempo cronológico y produce una temporalidad propia de la experiencia concentracionaria. Dentro del campo, no hay pasado ni futuro, sino un eterno presente¹⁷.

[*El poder concentracionario*] no se satisface simplemente con la sincronización y coordinación de los acontecimientos, sino que destruye la continuidad del tiempo interno y corta los vínculos entre pasado y futuro, encerrando a las personas en un eterno presente (Sofsky, 1997, 73).

El objetivo del poder concentracionario es hacer del tiempo algo no calculable para los sujetos que están bajo su poder. Y si el tiempo se sucede de una manera indescifrable, los detenidos-desaparecidos no podrán controlarlo y de esa manera quedan a merced del tiempo del campo. Si el tiempo se vuelve impredecible, los sujetos no pueden anticipar ni preparar ninguna acción.

En Famaillá debo haber estado casi dos semanas, mmm, sí, fácil debo haber estado dos semanas ahí. Sí, porque a mí me llevan a Famaillá, y el primero o segundo día creo que... el primero y el segundo día son medio leve nomás era viste (...) cagar a golpes nomás, a esto me refiero. Y después sí, debo haber estado ahí fácil una semana o más, viste, que todos los días te dan... No sé bien qué horario, pero ponele supongo a la mañana... por ahí porque... te daban de comer salteado, sal-

teado, pero por ahí algunas veces nos dieron de comer... que se yo, te decían abra la boca y te metían una cucharada, dos cucharadas de comida, más de eso no había. Este y perdías cuando te daban máquina¹⁸ perdías, porque no podías comer ni tomar agua y después te tenían unos días más, cuando paraban nos empezamos a dar cuenta que cuando paraban nos tenían unos días más y... (*Juan, 57 años. Fue militante del ERP. Estuvo detenido-desaparecido en diferentes campos de concentración en Tucumán y fue preso político durante la última dictadura militar en Argentina*).

La diferencia principal entre el tiempo disciplinario y el tiempo concentracionario, es que el primero pretende producir cuerpos dóciles, y el segundo, destruirlos¹⁹. Adentro del campo —y como parte del proceso de deshumanización que se lleva a cabo con los sujetos habidos— el conocimiento del tiempo cronológico es negado por completo. La temporalidad que se construye allí dentro se sitúa por fuera de la cronología, es un tiempo desordenado, impredecible. Un tiempo que se vuelve puro presente, desanclado de la sucesión lineal de acontecimientos —pasado, presente, futuro— que organiza los haceres en la vida cotidiana. El sujeto es relegado a la condición de puro presente.

II. Representarse el espacio-tiempo del campo pese a todo

Junto con la denegación intencional de las referencias espacio-temporales a los detenidos-desaparecidos, aparece la búsqueda de éstos por leer las pequeñas referencias del mundo exterior para lograr situar espacio-temporalmente su experiencia.

P.C.- ¿Y cuanto tiempo estuviste esta segunda vez [*secuestrada en el campo de concentración «la escuelita de Famaillá»*]?

— Yo, este... tenía presente, porque yo he vivido en Famaillá cuando era joven, cuando recién me casé, he vivido ahí, entonces yo me

acordaba el horario de la... (...) Después, este... me empiezan a dar y dar y dar y dar, yo me acordaba de la sirena del ingenio, a la hora que sonaba la sirena, del cambio de personal, porque estaba moliendo el ingenio. Y me acordaba del tren, la hora que pasaba el tren. Entonces yo en una de esas me acuerdo que me levantaron para llevarme al baño, este... pregunté, «¿es la hora tanto?» Y el tipo me dijo: «¿Cómo sabés que es esa hora?» Boludo, en vez de decirme no, o qué, él solo, porque esas falencias también han tenido ellos. (Claudia)

Sí, a la Escuelita me llevaron. Esa misma noche a mí me pasan para la Escuelita, sí. Yo lo reconozco de entrada nomás, no... No sabíamos de la Escuelita como, como tal, sabíamos que había algo, pero este, yo lo reconozco porque era una zona donde estaba cerca del ingenio Fronterita, Famaillá, estas cosas, y yo el año anterior laburando ahí en los ingenios había andado mucho por ahí, varias veces me ha tocado andar. Así, que... este era una zona descampada todavía, ahora está lleno de casas, (...) Entonces era una vía y para allá no había nada, estaba la escuela esa que habían hecho, y bueno, sentí que andaba el verdulero por ahí anunciando bailes, esas cosas, que si escuchaba de ahí, entonces digo estamos en Famaillá, aunque no sabía bien dónde. Después me enteré que era la Escuelita, sabía dónde estaba más o menos (Juan).

... después nos pasaron a lo que nosotros llamamos la piojera, que era un calabozo que tenían ahí mismo en la Jefatura de Policía, un calabozo grande que había, como en otras provincias hay, que le llaman alcaldía, cosa por el estilo, era muy grande. Que ahí me habían tenido a mí en el 73 así que yo lo conocía eso. Ahí habremos no nos... habremos estado una semana más, una cosa por el estilo, diez días, no sé. Y de ahí ya fuimos a Villa Urquiza (Juan).

Los detenidos-desaparecidos buscan anclar su experiencia en el espacio y tiempo conocidos previamente. Pero cabría preguntarnos, ¿de qué manera los desaparecidos se dan cuenta dónde los habían llevado? ¿Qué tipo de información recaban para ubicarse en el espacio? ¿De qué manera logran hacer medible el tiempo indiscifrable del campo?

Los detenidos-desaparecidos van desplegando diversas estrategias de (re)anclaje al espacio-tiempo: a partir de lo que escuchan (ruidos provenientes de la calle, ruidos de animales, conversaciones...), por experiencias de encierro previas (por ejemplo, algunos sobrevivientes estuvieron desaparecidos en el mismo lugar donde habían estado presos tiempo atrás) o por la percepción espacial a partir de otros sentidos diferentes a los de la vista ²⁰.

Cuando llegamos no, o sea yo me acuerdo que fuimos, cruzamos un río, o sea había ruido de río, de agua, y este me llevan ahí, y en la escuelita, eh me o sea, las dimensiones eran mucho más chicas, vos te dabas cuenta que era nada que ver con los pabellones en que había... y había, bueno, de acuerdo a la construcción, que te digo, que no, no... hace poco he pasado por afuera, la construc... no quería destruir el campo... no quería, no podía tampoco llegarme, ¿no?, pero la imagen que yo tengo es que entrabas por un costado, había un plástico negro, yo me lo imaginaba negro, que ellos hacían, entraban con camiones y descargaban cosas, descargaban cosas, no sé qué descargarían, pero era una cosa así, un ruido de que con esos camiones descargaban cosas ahí al costado, en ese plástico. Un patio, y bueno, y las aulas alrededor de ese patio, así en forma de ele. Para acá se escuchaban ruidos que parece que ahí había... un baño, para ahí estaba el baño, y para acá tengo la imagen de que también había un baño o nos duchaban ahí, viste, así a los costados. Y que en el centro había bancos, y en ese centro había un banco y algo, algo más habría... (...). Desde mi mirada de ojos vendados es hacia la derecha, era por donde entraban los vehículos. (...) Bueno, ya te digo, desde la mirada esa de... Y este las aulas estaban dispuestas acá, así, o sea hacía así y así. Y para allá era como que yo sentía que había campo. Esa era la imagen que... (María).

El testimonio de María nos habla acerca de como *la representación del campo se construye desde la oscuridad, desde la falta de imagen; pero como, sin embargo, el espacio del campo se construye pese a todo*. Esta «construcción pese

a todo» —desde la «mirada de ojos vendados»— que hacen los detenidos-desaparecidos del espacio del campo donde han estado secuestrados ha sido clave para la reconstrucción de los hechos que luego llevó a cabo la CONADEP, y las que se realizan en el marco de los juicios contra militares que tienen lugar en Argentina a partir de la anulación en 2003 de las leyes de obediencia debida y punto final.

Muchos sobrevivientes podrán reconstruir el espacio de su detención de manera coincidente con la materialidad del campo, pero muchos otros construirán el espacio donde estuvieron desaparecidos de maneras divergentes.

Es muy difícil contar el terror de los minutos, horas, días, meses, años, ahí... (...) En el primer tiempo el secuestrado no tiene idea del lugar que lo rodea. Unos lo habíamos imaginado redondo; otros como una especie de estadio de fútbol, con la guardia girando sobre las cabezas. (...) No sabíamos en qué sentido estaban nuestros cuerpos, de qué lado estaba la cabeza y hacia dónde los pies. Recuerdo haberme aferrado a la colchoneta con todas mis fuerzas, para no caerme a pesar de que sabía que estaba en el suelo. (...) Sentíamos ruidos, pisadas, ruidos de armas, y cuando abrían la reja nos preparábamos para el fusilamiento. Las botas militares giraban y giraban alrededor nuestro (Testimonio de Liliana Callizo, citado en CONADEP, 1997, 60)²¹.

El espacio-vivido dentro del campo para los detenidos-desaparecidos se vuelve un espacio imaginado, cambiante, difuso, incierto. Entonces cabría preguntarnos, ¿Qué hacemos frente a estas experiencias disímiles en relación al espacio del campo? ¿Por qué es significativo dar cuenta de ellas?

Considero importante desafiar la idea de un tiempo y espacio único y objetivo, en contra del cual podamos medir la diversidad de las concepciones y percepciones humanas. No alego por una total disolución de la distinción entre objetivo y subjetivo, pero si insisto en

que debemos reconocer la multiplicidad de las cualidades objetivas que el espacio y el tiempo pueden expresar, y el rol que juegan las prácticas humanas en su construcción (Harvey, 1990, 203).

Lo que me interesa argumentar aquí es que las percepciones divergentes en relación al espacio del campo, no invalidan en absoluto la veracidad del testimonio, sino que nos fuerza a aproximarnos a la materialidad del campo por fuera de la rigidez euclidiana que se le suele asignar. Considero, entonces, que la multiplicidad de experiencias espaciales dentro del campo —«lo habíamos imaginado redondo; otros como una especie de estadio de fútbol»— es significativa en sí misma. Por lo tanto, encuentro imprescindible abordar el espacio del campo a partir de estas experiencias múltiples que desbordan la supuesta inmutabilidad de la materialidad física, ya que la envisten de unas particularidades que no podemos pasar desapercibidas en nuestro análisis.

Generalmente se procura buscar una linealidad y coincidencia en los testimonios; a diferencia de ello, creo que justamente es la multiplicidad y divergencia de experiencias que los detenidos-desaparecidos han tenido del campo —y por tanto la multiplicidad de representaciones que han hecho de ese espacio—, lo que debemos tener presente a la hora de realizar un análisis sobre las características de dicho espacio.

El dispositivo a partir del cual se intenta desdibujar las referencias espacio-temporales a los detenidos-desaparecidos produce un tipo de espacio específico correspondiente con la vida dentro del campo: *una espacialidad múltiple, cambiante y divergente.* Es por ello que esas diferencias no deben ser pasadas por alto en el análisis en busca de una unicidad espacial, sino que por el contrario, hay que recuperarlas.

III. Superposición e interpenetración

En los dos apartados anteriores señalé como el poder desaparecedor pretendió construir el espacio del campo por fuera del resto de los espacios de la vida cotidiana. El campo, lugar de la pura excepción, que suele pensárselo como completamente hermético, cerrado, y separado del resto de los espacios, en efecto es un espacio mucho más complejo. Lo que intentaré problematizar aquí es justamente esta delimitación tan rígida entre el espacio del adentro y del afuera del campo. Para este propósito, utilizaré principalmente las categorías de interpenetración y superposición que propone Henri Lefebvre en *The production of space* (1991):

Los espacios sociales se interpenetran y/o superponen entre sí. (...) Fronteras visibles tales como muros o recintos en general, dan lugar —por su parte— a una aparente separación entre espacios cuando en realidad lo que existe es una ambigua continuidad entre ellos. El espacio de un cuarto, de una casa o un jardín, podría estar aislado en el sentido de un espacio social por barreras y muros, por todos los signos de la propiedad privada, y aun así seguir siendo fundamentalmente parte de ese espacio. (...) El principio de interpenetración y superposición de los espacios sociales tiene un resultado muy provechoso, ya que nos muestra que cada fragmento de espacio sujeto a análisis enmascara no sólo una relación social sino varias que el análisis puede potencialmente revelar (86-88).

Retomando los desarrollos de Lefebvre propongo, entonces, hacer la siguiente lectura de las categorías de interpenetración y superposición. Por un lado, sugiero pensar el principio de interpenetración como una herramienta que nos permite dar cuenta de cómo en un espacio específico circulan personas, objetos e ideas que se corresponden con otros espacios sociales; y a su vez, utilizar el principio de superposición para dar cuen-

ta del modo en que la historia diacrónica se inscribe en un mismo lugar. Lo que propongo en este apartado es trabajar a partir de estas dos características del espacio social para reflexionar acerca de las particularidades del espacio de los campos de concentración en Tucumán.

Interpenetración

—... porque a mí me levantaron toda la casa que yo tenía en, en el ingenio, todo, la prefabricada, todo lo que yo tenía adentro, la ropa, todo, todo, todo, lo levantaron ellos y se lo llevaron, o sea, botín de guerra. Pero muchas de esas cosas estaban, o sea, veo una chica que pasa con mi pijama, viste, yo tenía un pijama celeste con lunares blancos, la vi... mi heladera estaba ahí en la jefatura. Mi heladera tenía, viste que cada uno sabe cuál es el ruidito de su heladera, o sea, vos conocés tus cosas, bueno, me trajeron agua en un determinado momento, en una de mis copas, o sea que los tipos ahí en jefatura hicieron el...

—Se armaron con todo el botín, con todo...

—Sí. Y lo que... inclusive veo, tenía el acolchado, un acolchado amarillo, me acuerdo, y a S. le tiraron, viste, porque la verdad que en esos momentos, a pesar de que era febrero, era... hacía muchísimo frío, no sé si tendría tanto frío, pero te morías de frío. Y, en determinado momento él está tapado con el acolchado ese, viste (*María*).

Este es el relato de una sobreviviente que recuerda que algunos de sus muebles y objetos personales de su casa fueron robados y llevados como «botín de guerra» dentro del mismo campo de concentración donde ella estuvo desaparecida. La ajenidad radical del espacio del campo se solapa con el mundo privado del hogar a través de la aparición inesperada de sus objetos personales allí.

No, no, por ahí me daban agua, pero ahí hay un milico L., de mi casa para atrás, L., este cómo es, este él me daba, y él me hacía sentar en un inodoro y me tenía una hora y media, dos horas sentado en el inodoro, cuan-

do él me decía... yo por la voz lo conozco al viejo, él me decía vamos, vamos, entonces yo me paraba, me ponía los pantalones y me sacaba él y me llevaba. «Vamos, vamos» era cuando venía algún jefe eso de ellos, y si no me tenía sentado, yo calculo que hasta dos horas me llegó a tener ahí, porque yo estaba parado, había orden de que esté parado, no sentado ni nada (*Martín*).

Aquí tenemos otro relato de un sobreviviente que reconoce por la voz a un militar dentro del campo de concentración, ya que éste era vecino suyo. El militar, haciendo caso omiso a la orden de mantenerlo siempre de pie, le permite aleatoriamente sentarse. Nuevamente, las fronteras aparentemente infranqueables del campo vuelven a ser permeadas por lo conocido.

En el espacio del campo —del «adentro»— se produce la interpenetración de objetos y personas del afuera (en el primer testimonio vemos como circulan dentro del campo objetos pertenecientes al ámbito privado del hogar; en el segundo, como personas del barrio aparecen dentro del campo). El afuera entra al campo, y el campo sale afuera. *Marcas que refieren a lo conocido, propio, privado, aparecen dentro del campo, lugar de máxima despersonalización.*

Como dice Lefebvre, las fronteras materiales dan una «aparente sensación de separación» entre espacios, cuando éstos —en verdad— tienen la propiedad de interpenetrarse. Objetos, personas e ideas circulan entre espacios que en apariencia parecían estar completamente separados unos de otros. Justamente, es esto lo que sucede dentro del campo: junto con el espacio de la pura excepción se solapan otros espacios.

Pensar la interpenetración de los espacios sociales en un mismo lugar nos permite aproximarnos al *campo como un nudo espacial denso y complejo, donde diferentes espacios —el de la vida priva-*

da, el del barrio, y el de la excepción— se encuentran y cohabitan.

Superposición

Los campos de concentración en Argentina no fueron creados ex profeso sino más bien fueron lugares preexistentes a los que se les otorgó un nuevo uso²². En Tucumán, los campos de concentración fueron situados en establecimientos preexistentes, tales como escuelas (la «escuelita de Famaillá»), ingenios azucareros (Lules, Nueva Baviera), dependencias militares y policiales (Arsenal Miguel de Azcuénaga, la Jefatura de Policía de San Miguel de Tucumán), hasta inclusive un motel. Asimismo, luego de que dichos lugares fueran utilizados como campos de concentración durante la última dictadura, su gran mayoría han sido reutilizados para diferentes propósitos.

Sí, bueno, sí, por ejemplo en las marchas del veinticuatro²³ siempre en los últimos años siempre hemos salido de Jefatura, que es mi trabajo. Mis compañeros de trabajo se reían encima, vos venís un domingo acá a eschar²⁴, venís a laburar el lunes, no se puede así. Y bueno, así es la vida del hijo de desaparecido, contradictoria (*Ana, 36 años. Milita en una organización de derechos humanos en Tucumán. Sus papás están desaparecidos*).

Ana, hija de desaparecidos, trabaja actualmente en el Ministerio de Educación de Tucumán que está situado en el mismo edificio donde funcionaba la Jefatura de Policía de la provincia de Tucumán, y cuyo predio fue utilizado como campo de concentración durante los años 1975 a 1977.

En este aspecto es que considero significativo traer el principio de superposición sobre el que habla Lefebvre. La superposición refiere justamente al modo en que los diferentes usos que se le han dado a un mismo lugar durante su historia se acumulan en la materialidad del es-

pacio; y nos ayuda a comprender el modo en que esta sedimentación de diferentes usos, convive con la irrupción de otros nuevos que van emergiendo en él.

El concepto de superposición da cuenta de un aspecto fundamental de los espacios sociales: que éstos no se rigen necesariamente bajo las propiedades de la homogeneidad ni de la isotropía. «Esos espacios sociales —y especialmente el espacio urbano— se muestran en toda su diversidad y con una estructura que remite más a una “torta hojaldrada milhojas” que al espacio clásico (Euclidiano/Cartesiano) de las matemáticas —que se presenta como homogéneo e isotrópico—» (Lefebvre, 1991, 86). Es decir, el espacio no es algo uniforme en su composición ni tampoco permanece invariable. Sino que por el contrario, el espacio se asemejaría más a una estructura donde diferentes capas se entrecruzan y solapan entre sí.

Cabría entonces preguntarse por qué es significativo reparar en la superposición de espacios en un mismo lugar. En principio, porque esto habilita un modo no-lineal y no-cronológico de entender el espacio. Con esto me refiero a que el espacio a estudiar no sólo contiene en sí mismo diferentes espacios —esto nos habilitaría a pensar en un espacio no-lineal— sino también contiene diferentes inscripciones temporales —la materialidad del espacio conserva y actualiza diferentes marcas temporales—.

A su vez, el principio de superposición de los espacios sociales permite adentrarse justamente en las diferentes relaciones sociales que subyacen y atraviesan un mismo lugar. Es por ello que el campo —al ser constituido por diferentes espacios— contiene en su interior y reproduce diferentes tipos de relaciones sociales.

IV. Reflexiones finales

El análisis de las entrevistas realizadas a familiares de desaparecidos y sobrevi-

vientes de campos de concentración en Tucumán, me permitió formular las siguientes reflexiones en relación a la dimensión espacial y los campos de concentración:

El deliberado desdibujamiento y denegación de las referencias espacio-temporales a los detenidos-desaparecidos dentro del campo de concentración, debería ser pensado como un dispositivo más del proceso de deshumanización que sufren los desaparecidos dentro del campo.

Asimismo, pese a la denegación de las referencias espaciales, los detenidos-desaparecidos se representan el espacio del campo. Aunque muchos testimonios puedan ser coincidentes con la materialidad del edificio, en su gran mayoría, las representaciones que estos construyen en torno al campo dan cuenta de una espacialidad múltiple y cambiante. Y estas percepciones divergentes en relación al espacio del campo, no invalidan en absoluto la veracidad del testimonio, sino que nos fuerzan a aproximarnos a la materialidad del campo por fuera de la rigidez euclidiana que se le suele asignar.

Por último, cabría destacar que la rígida delimitación entre el adentro y del afuera del campo se ve problematizada cuando reparamos en el modo en que los espacios sociales se superponen e interpenetran. Es decir, las diferentes inscripciones temporales y espaciales que conviven en el espacio del campo de concentración, nos permiten pensarlo no sólo como el ámbito de la pura excepción, sino como un lugar donde diferentes espacios correspondientes con la vida fuera del campo se superponen e interactúan.

BIBLIOGRAFÍA

CABRERA, C. (2007): Testimonio de Carlos Roberto Cabrera recogido del

- Archivo Oral de la Fundación *Memoria Abierta*, Buenos Aires.
- CALVEIRO, P. (2001): *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires: Colihue.
- CASTRO NOGUEIRA, L. (1997): *La risa del espacio. El imaginario espacio-temporal en la cultura contemporánea: una reflexión sociológica*, Madrid: Tecnos.
- CONADEP (1997): *Nunca Más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*, Buenos Aires: EUDEBA.
- FEIERSTEIN, D. (2007): *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- GATTI, G. (2008): *El detenido-desaparecido. Narrativas posibles para una catástrofe de la identidad*, Uruguay: Ediciones Trilce.
- HARVEY, D. (1989): *The Condition of Postmodernity. An Enquire into the Origins of Cultural Change*, USA: Blackwell.
- IZAGUIRRE, I. (1992): *Los desaparecidos: recuperación de una identidad expropiada*, Buenos Aires: Cuadernos del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA).
- KOHN, M. (2003): *Radical Space. Building the House of the People*, Ithaca and London: Cornell University Press.
- LEFEBVRE, H. (1991): *The Production of Space* (D. Nicholson-Smith, trad.), Malasia: Blackwell Publishing.
- SOFSKY, W. (1997): *The Order of Terror: The Concentration Camp* (William Templer, trad.), New Jersey: Princeton University Press.
- SOJA, E. (1994): «The Spatiality of Social Life: Towards a Transformative Rethorisation», en D. Gregory y J. Urry (eds.), *Social Relations and Spatial Structures*, Londres: Macmillan.

NOTAS

¹ Este trabajo forma parte de la tesis doctoral en curso dirigida por el Profesor de Investigación Reyes Mate, y financiada por una beca JAE PRE-DOC del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).

² La elección de este período que abarca de 1974 a 1983, refiere al momento en que se produjo la aniquilación de una fracción de la sociedad argentina. La última dictadura militar en Argentina (autoproclamada «Proceso de Reorganización Nacional») se sucedió desde 1976 a 1983, pero ya en 1974, en pleno gobierno democrático, comenzaron a desplegarse modalidades y técnicas propias de la aniquilación por desaparición forzada de personas. A partir de 1974 juega un papel fundamental el hostigamiento paraestatal. En Argentina, este rol lo cumplieron tanto la triple A (Alianza Anticomunista Argentina) como el Comando Libertadores de América, al igual que otros grupos paraestatales que también habían comenzado a operar en esta época (Feierstein, 2007). Es significativo recalcar que los actores sociales que jugaron un papel más importante

dentro de las fuerzas sociales contestarías durante los años 60 y 70, serán luego los que se encuentren dentro de los porcentajes más altos de desaparecidos. Los actores sociales a los que estoy haciendo referencia son los miembros del movimiento obrero, estudiantes y los militantes de organizaciones políticas de tendencia revolucionaria (Izaguirre, 1992).

³ «...los mecanismos y las tecnologías de la reproducción revelan la indole misma del poder, la forma en que éste se concibe a sí mismo, la manera en que incorpora, en que refuncionaliza y donde pretende colocar aquello que se le escapa, que no considera constitutivo. (...) Siempre el poder muestra y esconde, y se revela a sí mismo tanto en lo que exhibe como en lo que oculta» (Calveiro, 2001: 25).

⁴ Durante principios de siglo xx, a partir de la aparición de la teoría de la relatividad de Einstein, la producción de artistas como Picasso, o las obras de escritores como Proust o Joyce, se ha visto cuestionada —una y otra vez— cierta concepción «euclídeana» del espacio (Castro Nogueira, 1997). Estas experiencias

científicas y artísticas —entre otras— comenzaron a cuestionar la idea de un espacio concebido como algo fijo, inmóvil, y ya dado naturalmente. La aparición de esta problemática se ha instalado en el ámbito de las ciencias sociales recién a partir de lo que podríamos dar por llamar el «giro espacial» (*spatial turn*), con desarrollos teóricos como los de Lefebvre, seguido por la corriente de geógrafos anglosajones tales como Harvey, Soja, Gregory, Thrift; o los trabajos de Foucault y los neofoucaultianos. Estos trabajos han ido tendiendo vínculos entre los estudios sobre el espacio y la teoría social. «En todo espacio de poder —sea la habitación de un hospital psiquiátrico o un aula escolar— existen, desde luego, unas formalidades geométricas que podemos reconocer como euclidianas. Sin embargo, no hay ningún espacio como los mencionados cuya realidad ontológica, estética o psicológica no se constituya, trame y contamine por ese cruce entre las visibilidades y los discursos propios de una determinada época histórica. Toda experiencia supuestamente objetiva, material y social del espacio es, desde el inicio, y a razón de su propia geometría material, también una experiencia sociopolítica, y, por ello mismo, imaginaria (Castoriadis), viva, e infinitamente compleja; irreductible a ese fetiche formal, mecanicista y vacío que los modernos denominaron —respectivamente— espacio euclidiano» (Castro Nogueira, 1997, 51).

⁵ Las traducciones de las citas de trabajos en inglés que aparecen aquí son responsabilidad de la autora del presente artículo.

⁶ «Desde esta perspectiva materialista podemos argumentar que las concepciones objetivas de tiempo y espacio son necesariamente creadas a través de prácticas materiales y procesos que ayudan a reproducir la vida social. (...) La objetividad del tiempo y el espacio está dada en cada caso por las prácticas materiales de la reproducción social, y por el grado en que éstas varían geográfica e históricamente, es por ello que encontramos que el tiempo y el espacio social están contruidos de manera diferente. Cada modo de producción o formación social en particular encarnará una particular “constelación” [*bundle*] de prácticas y conceptos de tiempo y espacio» (Harvey, 1990, 204).

⁷ «La espacialidad no es un producto, sino un productor y reproductor de relaciones de producción y dominación (...). La lucha de clases, como otras luchas sociales, están cada vez contenidas y definidas en su espacialidad y atrapadas en su red. La lucha social debe, entonces, volverse consciente y políticamente una lucha por el espacio para ganar el control sobre la producción social del espacio» (Soja, 1994, 110).

⁸ Partiendo de la hipótesis de que el espacio que es atravesado por la desaparición forzada de personas sufre modificaciones significativas, propongo el concepto de *espacios de desaparición* para designar aquellos espacios que fueron parte de alguno de los siguientes momentos: secuestro-reclusión-tortura-muerte y desaparición del cadáver.

⁹ A continuación justificaré brevemente la decisión de circunscribir el estudio de caso al territorio socio-geográfico de la provincia de Tucumán. Metodológicamente la ventaja de limitar el estudio socio-geográficamente consiste en que se logra construir la información relativa a la investigación con más rigurosidad y profundidad. La elección de la provincia de Tucumán como caso de estudio se basó en que allí se desarrolló de manera paradigmática el conflicto que se vivía en el resto del país. En Tucumán se registraron altísimos niveles de combatividad durante los años 60 y 70, y especialmente hubo un alto grado de conciencia y movilización del sector popular. Nombraré algunos de los movimientos más significativos que tuvieron lugar en dicha provincia durante este período: «la resistencia peronista», los primeros intentos de guerrilla (los Uturuncos), el Frente Revolucionario Indoamericanista Popular (FRIP), Palabra Obrera (PO), el Partido Revolucionario de los Trabajadores y el Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP), la lucha sindical en los ingenios azucareros y la relación con el proyecto político-militar del PRT-ERP. Esta situación de puja de poder entre las fracciones de las clases dominantes y las fuerzas sociales contestatarias, fue la antesala para que en 1975 —en plena democracia y con un decreto dictado por la presidenta Isabel Martínez de Perón— Tucumán fuera ocupada militarmente con el claro objetivo de «aniquilar» a los sectores contrahegemónicos. Este ejercicio de ocupación, despliegue, persecución y desaparición de los sujetos revolucionarios —autodenominado Operativo Independencia— se constituyó como el antecedente inmediato, de lo que luego se implementaría a nivel nacional un año más tarde durante la última dictadura militar en Argentina.

¹⁰ «El secuestrado arribaba encapuchado —“tabicado”—, situación en la que permanecería durante toda su estadía en el lugar. Ello perseguía hacerle perder la noción de espacio, con lo que se lo privaba no solamente del mundo exterior al “Pozo” [se refieren al campo de concentración] sino también de toda exterioridad inmediata, más allá de su propio cuerpo» (CONADEP, 1997, 59).

¹¹ Calveiro (2001), en su libro *Poder y desaparición*, da cuenta de los diferentes modos a partir de los cuales se llevaba a cabo el proceso de deshumanización: «el prisionero perdía su nombre, su más elemental pertenencia, y se le asignaba un número al que debía responder. (...) personas vivientes que ya habían *desaparecido* del mundo de los vivos y ahora *desaparecerían* desde dentro de sí mismos, en un proceso de “vaciamiento” que pretendía no dejar la menor huella. (...) Los detenidos estaban permanentemente *encapuchados* o “tabicados”, es decir con los ojos vendados, *para impedir toda visibilidad*. (...) Los prisioneros permanecían *acostados* y *en silencio*; estaba absolutamente prohibido hablar entre ellos. (...) Los testimonios de cualquier campo coinciden en la *oscuridad, el silencio y la inmovilidad*» (2001: 47-48). «Como si ese poder, que se pretendía casi divino precisamente

por su derecho de vida y de muerte, pudiera matar antes de matar; anular selectivamente a su antojo prácticamente todos los vestigios de humanidad de un individuo, preservando sus funciones vitales para una eventual necesidad de uso posterior» (2001, 49).

¹² Cuando los entrevistados hacen referencia a «la Jefatura» se refieren a la Jefatura de Policía de San Miguel de Tucumán, donde funcionó durante los años 1975 a 1977 un campo de concentración.

¹³ Las entrevistas que tendré en cuenta para sustentar empíricamente este trabajo de investigación fueron realizadas en tres trabajos de campo en la provincia de Tucumán (2007, 2009 y 2010) en los que se pactó confidencialidad con los entrevistados. Es por ello que los nombres de los entrevistados que aparecen aquí son ficticios.

¹⁴ Los espacios de desaparición se sitúan como espacios otros que por un lado están emplazados en zonas céntricas y de alto tránsito y por el otro son espacios que están fuera de «nuestro espacio». El trabajo de Calveiro (2001), sobre los campos de concentración en Argentina, sitúa con una parte central de la lógica concentracionaria el de ser epicentro y el no ser visto, el espacio que está en medio de los espacios de la vida cotidiana y que a su vez no existe.

¹⁵ «Me hacen bolsa» es una expresión metafórica para aludir en general a recibir algún tipo de maltrato. Específicamente, en el contexto de esta entrevista, María está aludiendo a que ha sido torturada.

¹⁶ En la escuela Diego de Rojas, ubicada en la localidad de Famaillá (Tucumán), funcionó un campo de concentración durante los años 1975 y 1976. «La escuela» es el nombre que usualmente se utiliza para referirse a dicho campo de concentración.

¹⁷ El tiempo del campo está detenido: «Con una estructura rígida, el terror se derogaría a sí mismo. Sus intromisiones y ataques serían predecibles, las víctimas podrían contraatacar; de ésta manera el poder degeneraría en un mero medio para el orden. (...) El tiempo estandarizado del campo era engañoso. Dentro del marco externo de la repetición cíclica, el tiempo oscila de manera irregular. Consecuentemente, a ningún prisionero le es posible concebir un plan de acción a largo plazo» (Sofsky, 1997, 74).

¹⁸ «Dar máquina» significa ser torturado con una picana eléctrica. La picana eléctrica es un aparato que da golpes de corriente cuando es puesto en contacto con el cuerpo.

¹⁹ «[el sistema temporal del campo] Su función no era crear disciplina, inculcar habilidades o reforzar una serie de actividades. Los castigos no eran para mejorar o educar al penalizado. Es un error fundamental confundir la estructura temporal del campo con el tiempo que predomina en las instituciones disciplinares modernas» (Sofsky, 1997, 74).

²⁰ Las técnicas de los detenidos-desaparecidos para, ante la imposibilidad, reconstruir «pese a todo» el espacio de su desaparición, es claramente detallada ya en el informe de la CONADEP: «La asombrosa similitud en-

tre los planos que bosquejaron los denunciantes en sus legajos y los que resultaron en definitiva del posterior relevamiento del lugar a cargo de los arquitectos y equipos técnicos que intervinieron en las inspecciones y reconocimientos efectuados por la Comisión se explica por el necesario proceso de agudización de los otros sentidos por todo un sistema de ritmos que la memoria almacenó minuciosamente a partir de su «aferramiento» a la realidad y a la vida. En esos «ritmos» eran esenciales los cambios de guardias, los pasos de aviones o de trenes, las horas habituales de tortura. En cuanto al espacio, fue determinante la memoria «corporal»: cuantos escalones debían subirse o bajarse para ir a la sala de tortura; a los cuántos pasos se debía doblar para ir al baño; qué traqueteo giro o velocidad producía el vehículo en el cual los transportaban al entrar o salir del C.C.D., etc. Los secuestradores, que conocían esas técnicas, en algunos casos consiguieron perturbar y aún confundir totalmente los recuerdos con diversos «trucos». Algunas veces, con el vehículo, daban vueltas inútiles para llegar, practicada para confundir. La técnica de llevar a los prisioneros al baño encapuchados, en fila india y en medio de una golpiza permanente, dificultaba muchísimo el reconocimiento del sitio. Otro tanto sucedía con la alteración permanente de los ritmos de sueño. No obstante, muchos de aquellos detenidos-desaparecidos consiguieron armar el rompecabezas. En algunos casos a partir de ruidos comunes como el goteo de un tanque de agua, la limpieza de un pozo negro, el murmullo de gente comiendo, el canto de pájaros o el golpe de barcasas contra el muelle» (CONADEP, 1997, 60-61).

²¹ La estructura represiva que posibilitó la implementación del plan sistemático de aniquilación —aunque ha tenido sus características particulares en cada provincia de Argentina— claramente ha seguido una misma línea general a nivel nacional. Aunque he hecho la aclaración previamente, que mi estudio de caso se circunscribe a la provincia de Tucumán, en otros lugares de Argentina también se ha reproducido el exterminio con una lógica similar. Hecha esta aclaración, resta decir entonces que me permito traer este testimonio de Liliana Carrizo y su experiencia como detenida-desaparecida en el campo de concentración «La Perla» (en Córdoba) ya que es de extrema elocuencia para lo que intento analizar aquí.

²² Esta es una diferencia importante que distingue los campos de concentración en Argentina de aquellos que fueron creados durante el régimen Nazi. Con excepción de los primeros campos de concentración del nazismo, su gran mayoría fueron lugares diseñados y construidos especialmente para ser utilizados con dicho propósito. Según Sofsky (1997), al construir el lugar del campo de concentración expresamente para tal fin, los campos se sitúan de esta manera en «espacios sin pasado».

²³ Se refiere a las manifestaciones que se suceden en Argentina cada 24 de marzo, día en que se sucedió el golpe militar en 1976.

²⁴ El escrache es un tipo de manifestación en particular —que a falta de la acción punitiva del estado frente a los perpetradores de delitos de lesa humanidad— buscan advertir a la sociedad sobre la condición del vecino. El escrache suele consistir, por lo general, en que un grupo de personas se dirigen a una locación específica (por ejemplo el domicilio particular de un militar involucrado en violaciones a los de-

rechos humanos) con la intención de hacer visible para el resto del barrio que en ese lugar en particular vive alguien que ha sido responsable de delitos de lesa humanidad. El escrache ha sido utilizado de manera distintiva por la agrupación H.I.J.O.S. (Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio). Agrupación creada en Argentina en el año 1995.